

La sirenita, aventura en estado puro

Blanca Álvarez*

VILHEM PEDERSEN, «LA SIRENITA», EN H. C. ANDERSEN, CUENTOS COMPLETOS, CÁTEDRA, 2005.



La sirenita es uno de los cuentos más perfectos de Andersen, y ofrece unas cuantas novedades en relación con la tradición de relatos oficialmente infantiles: es una aventura con protagonista femenino; es un personaje de carácter que actúa para conseguir aquello que, por destino, no le corresponde; y temáticamente es una desdichada historia sobre la pasión.

El mar siempre ha suscitado leyendas. Como todo territorio apenas conocido, temible en sus propias leyes e imprescindible para el hombre, ha merecido personajes propios capaces de explicar la hechizada pavora que provoca. Sin el mar, no existirían gran parte de las mejores narraciones literarias, desde Simbad hasta el gaviero Maqrol de Álvaro Mutis, pasando por Ulises o el capitán Ajab. Unos lo transitan, lo padecen, lo aman, lo temen, mueren bajo su manto de agua; otros forman parte de la propia mitología oculta en sus entrañas. Sirenas peligrosas capaces de embaucar al propio Ulises, dioses caprichosos que favorecen o maltratan a los marinos, temibles seres monstruosos dibujados en las cartografías señalando límites al mundo: más allá, las fauces de las bestias guardianas; tras el confín de los mares el *finis terrea*, el territorio de la muerte.

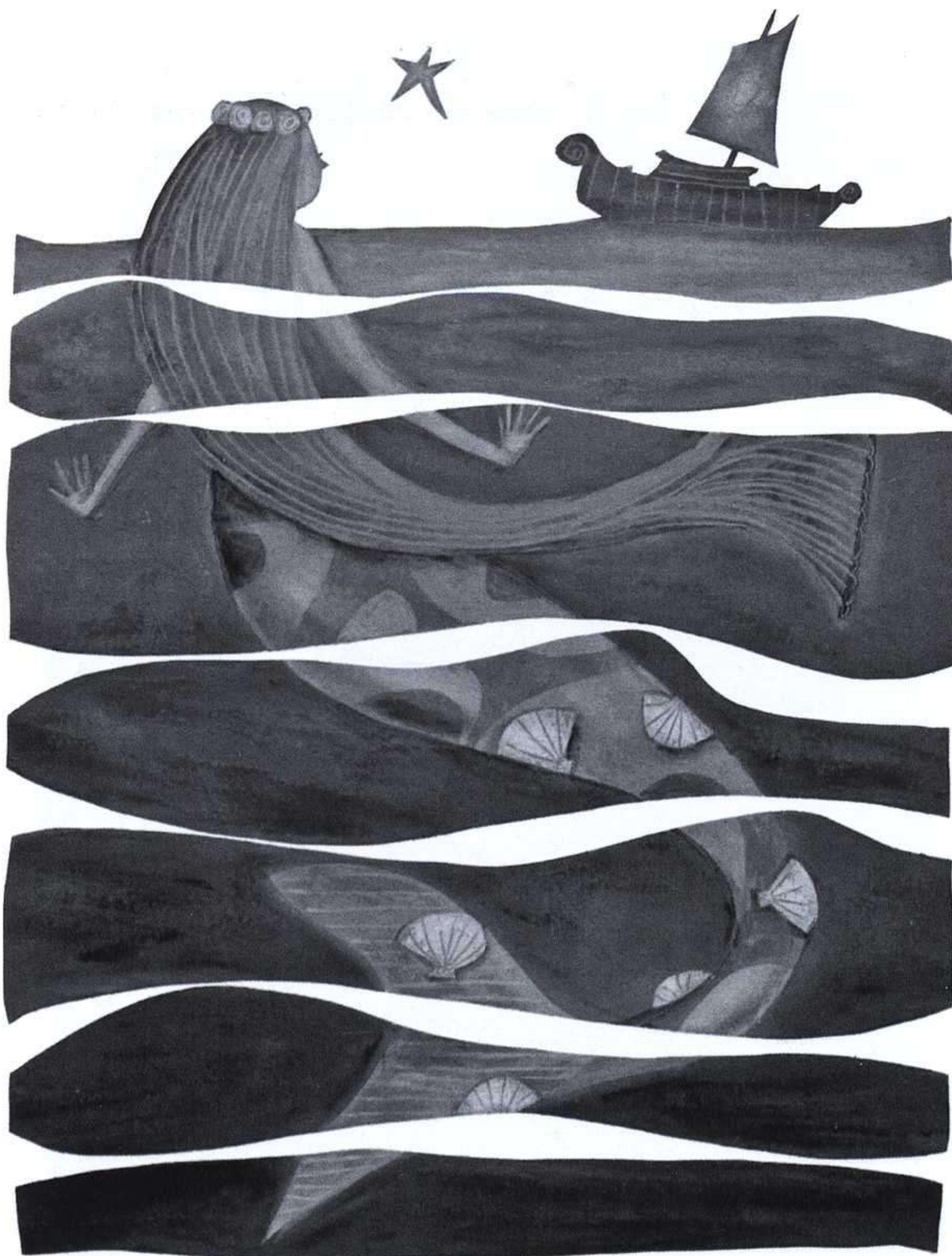
¿Un relato infantil?

Andersen utiliza un personaje muy enraizado en las tradiciones de países costeros como Dinamarca; que su personaje femenino sea sirena pero no perversa ni ansiosa por buscar la perdición de los hombres, probablemente se relacione con las propias mitologías nórdicas, donde las mujeres son guerreras, compañeras, diosas e incluso benignos psicopompos que conducen a los guerreros al paraíso. Además, resulta ser este relato uno de los más perfectos de su obra y su destilada obsesión por la muerte. No en balde su personaje pertenece al territorio de la parca.

La sirenita ofrece unas cuantas novedades en relación con la tradición de relatos oficialmente infantiles:

—Es un perfecto relato de aventuras, circular en su estructura, como el *Quijote* o *La isla del tesoro*: la historia comienza y termina en el mismo lugar, es decir, en los fondos marinos donde un ser hermoso sueña con el amor humano y regresa tras perderlo y perder sus poderes, condenada a ser espuma. Pero, a diferencia de los relatos de aventuras tradicionales, el protagonista es femenino.

—Su protagonista es un personaje de carácter, actúa para conseguir aquello



M^o JESÚS SANTOS, «LA SIRENITA» EN CUENTOS DE H. C. ANDERSEN, EDELVIVES, 2003.

que, por destino, no le corresponde, y asume el precio y los riesgos que comporta su actuación. Además, como en algunas novelas españolas de los siglos XVI y XVII, ha de mutar su naturaleza para lograrlo. En las novelas y pasos teatrales de honor españoles, la mujer se disfraza de hombre para recuperar su honra; en el presente relato, renuncia a sus atributos de sirena para transformarse en mujer.

—Contradice la idea, hondamente enraizada en la creencia y la literatura occidentales, de la sirena como un ser peligroso y malvado en su extrema belleza, cuyo único objetivo consiste en atrapar al mayor número de hombres, hechizados con su canto; como en el caso de Ulises, por recordar el más conocido. Tal

vez por respetar esa tradición, el autor utiliza como contrapunto a la bruja capaz de efectuar el sortilegio de la transformación, curiosamente a cambio de la voz de la sirenita. También serían las sirenas objeto romántico para señalar la eterna perversión femenina.

—Temáticamente se trata de un relato sobre la pasión, algo inalcanzable y que destila, a lo largo del relato, especialmente en los momentos en que la sirenita y el príncipe comparten espacio, el deje de la melancolía propia del deseo insatisfecho. El deseo de un amor perfecto conduce a la muerte, parece decir el autor a través de la desdichada historia de su sirenita.

Que un ser inmortal, o casi, desee transformarse en humano pese a perder



VIVÍ ESCRIBÁ, «LA SIRENITA» EN CUENTOS DE ANDERSEN, ANAYA, 1999.

en el cambio sus poderes, ni es nuevo ni ajeno a la más antigua literatura. Se encuentra en la Biblia: el deseo de un arcángel por sentir como un humano aunque eso le condene a transformarse en el propio antagonista de Dios, es decir, en el diablo. Esta visión del diablo como un ser hermoso y digno que desea ser humano alcanza su cenit literario en Milton y Goethe, autor este último que veía en el hermoso arcángel un ser digno de compasión, siguiendo luego la estela en Shelley y en lord Byron, que regaló a su héroe romántico parte de esos atributos diabólicos. También en la Cábala se habla de la envidia de seres perfectos como los ángeles por los imperfectos

mortales, «capaces de sentir amor». Curiosa envidia que nuestro religioso autor tiñe de deseo por conseguir un alma inmortal.

Los pasos de una novela de aventuras

El mejor modo de seguir la historia es a través de los rituales pasos de toda novela de aventuras, relato que por lo demás resulta iniciático para el mundo de los más jóvenes.

La protagonista: una hermosa y joven sirena, aunque ya se nos advierte de su rareza: «era una niña extraña, callada y

pensativa». Esa diferencia con respecto al resto de sus hermanas, la lleva a necesidades también diferentes, como todo héroe señalado con el estigma de lo singular: a través de una estatua de mármol de un hermoso muchacho, comienza a sentir una pasión diferente por el mundo de la superficie —«No había para ella deleite mayor que oír hablar de los seres humanos de allá arriba»—.

Un doble juego de espejos muy literario y repetido: sueñan los hombres con los dioses; sueñan los dioses con los hombres. Sueñan los humanos con el poder de los seres mágicos y éstos se sueñan imbuidos de los sentimientos de aquéllos.

Toda aventura se inicia porque al protagonista le falta algo para ser feliz; bien alimentos como a Pulgarcito; bien la necesidad de salvar de la ruina a la madre viuda, como Jim Hawkins; bien la «obligación» de dar aviso y guardar a los niños de los peligros adultos, como *El guardián entre el centeno*. Se cumple aquí esa falta para iniciar el difícil camino del héroe. En este caso, la protagonista está destinada a grandes sufrimientos que ya se anuncian antes de aparecer dado el carácter especial de su ser: «... parecía a punto de llorar, pero las sirenas no tienen lágrimas, con lo cual sufren todavía mucho más». Algo que recuerda la advertencia de Thomas Mann, «Estáis equivocados si creéis que es mayor el sufrimiento de quien más grita».

«Cuando cumpláis quince años, se os permitirá subir a la superficie del mar...» Pero eso que debiera ser una vacuna contra el mundo de los humanos, se convierte en el vehículo que la lleva a encontrar encarnado al muchacho de la estatua de mármol. En su primera salida a la superficie se encuentra con un barco donde navegaba, «el más apuesto príncipe de grandes ojos negros... Era su cumpleaños». La necesidad de sentir pasión queda depositada en el joven príncipe. Y en ese momento su inconcreto deseo ya tiene rostro.

Una tormenta da la oportunidad a nuestra sirenita de ayudar y acercarse al, para entonces, amado: «... el príncipe se hundió en el profundo mar. En ese momento se alegró mucho, pues vendría junto a ella, pero recordó que los humanos no podían vivir en el agua y que só-

lo muerto podría el príncipe acompañarla al palacio de su padre».

En un acto de generosidad negado literariamente a sus congéneres en el resto de la tradición literaria, la sirenita, no sólo lo pone a salvo, sino que lo coloca en disposición de encontrar el amor. No el suyo. Aparece la primera dificultad en la larga aventura de nuestra heroína: «No pasó mucho rato sin que una muchachita llegara hasta él..., la sirena vio al príncipe revivir y sonreír a quienes lo rodeaban, pero a ella no, pues no sabía que era ella quien lo había salvado».

El amor nos hace humanos

Nuestra heroína ya ha dado los primeros pasos en un camino sin retorno, el de la pasión amorosa. Cada vez amaba más a los seres humanos, cada vez deseaba más ardientemente irse a vivir con ellos.

Como todo héroe, recibe información sobre los peligros de su deseo (los mortales): «... mueren y sus vidas son más cortas que las nuestras... Nosotros no tenemos alma inmortal y no podemos seguir viviendo... los humanos tienen un alma que sigue viviendo después del cuerpo...».

De nuevo la eterna envidia en doble dirección. La vida de la sirenita sería larguísima y feliz; la de su príncipe corta, pero con un alma inmortal: «Yo daría todos los cientos de años que me quedan de vida para poder ser humana un solo día y tener luego mi parte de ese mundo celestial». Éste el momento dramático cumbre en la dirección que tomará la historia porque ella, la heroína, ya ha decidido y conoce parte de los riesgos; sólo resta el modo de verla cumplida y pagar el precio correspondiente. También se le ofrece una salida, y no será la única que reciba a lo largo de la historia: «Sólo si un humano te amara de tal modo que llegaras a ser para él más importante que su padre o su madre; si todo su amor y todos sus pensamientos sobre ti y el sacerdote pusiera su mano derecha sobre la tuya e hicierais un juramento de fidelidad, sólo entonces entraría en tu cuerpo un alma y podrías gozar de la felicidad del ser humano».

Hermosísima la alquimia requerida para alcanzar la plena humanidad y lo-

grar un alma: no a través de sacrificios, rituales, compras o renunciaciones, sino a través del amor. Ciertamente que todo el relato destila lírica melancólica, pero es en este punto, en este diálogo de la sirena con la abuela, donde alcanza cotas equiparables al de Antígona defendiendo las leyes del sentimiento frente a Creonte.

Existe a continuación un «homenaje» al poder de los cantos de sirenas capaces de trastocar al más avezado marino. «Voces tan bellas no existen entre los seres humanos en la tierra.» No en balde los antropólogos señalan la capacidad de hablar y entonar como en el principio de la civilización inteligente, no sólo habilidosa.

Alto precio a pagar

Llega el momento de superar la primera prueba de fuego para que la heroína cumpla su «viaje». El encuentro con la bruja capaz de transformar su cola de pez en piernas humanas. La propia bruja se estremece ante tal deseo —«¡Te has vuelto loca!»—, pero está enterada de la decisión inquebrantable de la sirenita: «Pero harás lo que deseas, aunque te

causará grandes desgracias...». Y ésta es la prueba definitiva de que estamos ante un personaje de carácter, al que ya no le basta con ser y saberse diferente, con desear algo impensable para los seres de su condición, sino que está totalmente decidida a pagar cualquier precio por lograrlo. Y no será de saldo precisamente.

La transformación será dolorosa, no mágica; a la sirenita no se le regalará su nueva condición sin más: «Beberás mi poción y entonces la cola se te rajará y se irá apretando hasta formar unas piernas..., pero dolerá como si te estuvieran atravesando con una afilada espada... Conservarás tu andar ondulante, no habrá bailarina que pueda igualarte, pero



ANASTASSIJA ARCHIPOVA, «LA SIRENITA» EN LOS MEJORES CUENTOS DE ANDERSEN, EVEREST, 2003.



VILHEM PEDERSEN, «LA SIRENITA» EN H. C. ANDERSEN. CUENTOS COMPLETOS, CÁTEDRA, 2005.

cada paso que des será como si pisaras un cuchillo afilado y sangrarás, ¿estás dispuesta a sufrir todo eso?». Si no resultara antipoético, podríamos decir que, a lo largo de la historia, las mujeres han vivido situaciones semejantes de dolor para ser bellas, desde los deformantes vendajes para lograr «pies de loto», hasta el corsé capaz de provocar desvanecimientos nada románticos. Para colmo se le advierte a la sirenita que no existe la posibilidad de dar marcha atrás en su decisión: «en cuanto hayas adoptado la forma humana no podrás volver a convertirte en sirena».

No acaba aquí el inmenso precio de su osadía, la bruja le cobrará la poción: la prenda entregada para ser admitida como héroe —las migas de pan de Pul-

garcito, el zapato de cristal de Cenicienta—; en este caso es la propia voz, el más precioso tesoro, porque no vale cualquier óbolo para lograr aquello que se desea, ha de ser tan vital para quien lo entrega como una parte de sí mismo. Y también un valioso mensaje para los pequeños lectores: ni siquiera en el mundo de la magia existen regalos gratuitos y, al modo de las enseñanzas clásicas, quien desee penetrar en la diferencia, habrá de pagar el estipendio, sin quejas.

Ahora entra en juego un ardid literario muy al gusto de la novela gótica: los finales superpuestos, las dobles vueltas de tuerca a la historia.

Nuestra heroína entra en el anhelado mundo de la superficie, definitivamente

disfrazada de hembra humana —recordemos que para serlo plenamente ha de lograr un alma—. Aquí debiera terminar la aventura y poner el autor un bello fin a una hermosa historia de amor, pero las historias de amor, y esto también resulta una buena lección, no siempre navegan en doble dirección. La sirena y el príncipe se conocen y comienza el largo cortejo de ella para lograr ser mirada con amor: «¿No me quieres más que a nadie?», parecían decir los ojos de la sirenita cuando él la tomaba entre sus brazos y le besaba su hermosa frente.

«—Claro que te quiero más que a nadie —decía el príncipe. Y la besaba en la roja boca y jugueteaba con sus cabellos y ella apoyaba la cabeza en su corazón para soñar en la felicidad y el alma inmortal.»

Pero sólo son sueños para ella, pese a todos los sufrimientos que padece con sus piernas humanas. Ella «ama», él «quiere»; incluso los más jóvenes lectores detectan la diferencia del matiz, como señala Álex Grijelmo en *La seducción de las palabras*. Para colmo, él inicia un viaje al lugar donde fue rescatado cuando naufragó, ignorante de que su salvadora fue la mudita que ahora lo acompaña. Y allí está una muchacha, humana desde siempre, que no se vio obligada a desear su condición ni a pagar un alto precio por serlo. Incluso la sirenita le reconoce los méritos:

«La sirenita estaba ansiosa por ver su belleza, y hubo de reconocer que jamás había visto figura tan hermosa.»

El príncipe declara su amor a la criatura humana que cree su salvadora y proclama su felicidad «... Y la sirenita le besó la mano mientras se le rompía el corazón. A la mañana siguiente de su boda, moriría y se transformaría en espuma de mar».

A estas alturas del relato, cualquier lector entendería que un ser mágico como nuestra heroína buscara apoyos para salvarse, para librarse de la rival que le costará la vida y aún más:

«La esperaba una noche eterna sin pensamientos ni sueños, pues no tenía

alma, no podría nunca tenerla, pese a ello no amarga la fiesta de esponsales, ella reía y bailaba con la idea de la muerte clavada en su corazón.»

Final religiosamente feliz

Entonces se le ofrece una posibilidad de cambiar su destino: recuperar el mundo marino perdido, su figura y ser anteriores:

«Vio a sus hermanas que subían a la superficie del mar tan pálidas como ella misma; sus largos y hermosos cabellos ya no ondeaban con la brisa: se los habían cortado.

»Se los hemos dado a la bruja para que nos ayudara a salvarte esta noche. Nos ha dado este cuchillo... Clávalo antes de que salga el sol, en el corazón del príncipe, y cuando su sangre caliente caiga sobre tus piernas volverán a unirse formando una cola de pez...».

Ésta parece la prueba definitiva para nuestra heroína, incluso estaría justificada su actuación ante la indiferencia amorosa del príncipe. De nuevo deja claro que es un personaje de carácter, cada vez más similar a nuestro Quijote: no se deja llevar por los aires benignos del destino; decide y actúa, tan consecuente como Segismundo renunciando al amor de Rosaura:

«La sirenita levantó el tapiz de púrpura que cerraba la tienda y vio a la hermosa novia con la cabeza apoyada en el pecho del príncipe; besó su bella frente, miró al cielo, donde cada instante eran más visibles los rayos de la aurora, miró el afilado cuchillo y volvió a clavar los ojos en el príncipe, que pronunciaba entre sueños el nombre de su novia: sólo a ella tenía en el pensamiento... Se arrojó al mar y sintió como sus miembros se iban convirtiendo en espuma.»

En este momento, tan sólo el coro de las tragedias griegas podría subrayar un final tan generoso y desgarrado, tan acorde con la pasión amorosa... Por eso, el autor, ofrece una nueva oportunidad a quien tanto esfuerzo ha realizado para cumplir su destino. Un nuevo trueque en el final.

Unos seres transparentes y bellísimos le ofrecen una posibilidad para ganar un alma, son las hijas del aire:

«Las hijas del aire tampoco tenemos alma inmortal, pero podemos conseguirla haciendo buenas obras. Volaremos hacia los países cálidos donde el tibio aire de la peste mata a los humanos y lo refrescaremos...»

Literariamente, esta vuelta de tuerca en el final, hace perder la intensidad dramática lograda hasta entonces, más bien parece una concesión al tiempo en que fue escrito el relato y al deseo de buscar un final «religiosamente feliz» para un personaje tan pagano y tan contrario a la tradición como el logradísimo retrato de la sirenita. Tal vez se lo debamos a la propia confesión del autor cuando relata su vida: «Crecí devoto y supersticioso». ■

*Blanca Álvarez es escritora y periodista.



ANASTASSIJA ARCHIPOVA, «LA SIRENITA» EN LOS MEJORES CUENTOS DE ANDERSEN, EVEREST, 2003.